

demas Marini no consideró nunca la vida por el lado serio; hombre de placeres, se aprovechaba de las circunstancias, y trata de cualquiera que se le presenta sin política, ni patriotismo, ni energía; en él es todo énfasis, sutileza, palabras sonoras, y nada más; sus placeres son sistemáticos, sin pudor y también sin los transportes de la crápula, sabiendo sobre todo ponerse en escena á sí mismo, y ganar de este modo la gloria como otro ganaría un puesto. Así es que apenas concluyó de publicar el *Adónis* á la edad de cincuenta y cuatro años, fué elevado hasta las nubes. Y efectivamente, las pinturas voluptuosas, la inagotable variedad en las descripciones del amor, y el impetu de una imaginación poética, en medio de gente gastada por la pureza, hicieron mirar estos extravíos no solo como perdonables, sino como bellezas. Carlos Manuel le armó caballero en París; la sociedad Rambouillet le hizo la corte, y él supo cautivarla y fundar una escuela de cantores de galantes placeres. María de Médicis, reina de Francia, le concedió una pensión de 2,000 escudos, y cuando le encontraba, hacía parar su carroza dorada ante el poeta, que cantó en seiscientos versos sus bellezas corporales. Mientras Tasso no tiene dinero para comprar un melon, Concini da autorización á Marini para que se presente á cobrar 500 escudos de oro; y él se presenta y pide mil: el tesorero le dice: « ¡Diable! se conoce que sois un buen Napolitano, » y él responde: « Excelentísimo señor, es una fortuna que no haya entendido tres mil: » comprendo poco vuestro frances. » Cuando volvió á Nápoles, los arcos de triunfo le proclamaban: « Marini, mar de incomparable doctrina, alma de la lira, fin de la pluma, materia de la tinta, fénix dichoso, honor del laurel. » — ¡Tan adorado era por haber sabido unir el tipo italiano con el español, la armonía música con la jactancia! — « En la parte más pura de mi alma tengo la creencia de que sois el poeta más grande de cuantos ha habido entre los Toscanos, entre los Latinos, entre los Griegos, entre los Egipcios, entre los Caldeos, y entre los Hebreos, » le decía Achilini, que debía haber leído los poetas egipcios y caldeos, y que también poeta de los más extravagantes, era elevado hasta las nubes como el *non plus ultra* de la poesía, tanto que Luis XIII le regaló 14,000 escudos por una canción y por el soneto que principia: *Sudad, oh fuegos, para preparar metales* (1).

1574-1610.

Se abrasaron de piedad las fuentes frías; se enternecieron las duras encinas y los pinos, y de las hojosas frentes de las cimas alpinas se deslizaron lagrimosos arroyuelos; lloraron las ninfas y lanzaron alaridos en los montes; las Driadas y las Napeas se deshicieron en llanto en los abismos de sus vecinas cuspides; aquellas amantes de los bosques y estas de los ríos.

(1) Véase un epigrama de Achilini:

Col fior d'libri in mano
Il mio Lesbin rimiro,
Al fior respiro, e'l pastorel sospiro.

Pero los elogios eran entonces de moda; y estos fanfarrones de la literatura, como los muchos que había en la sociedad, seguían el movimiento general haciéndose operarios de la gloria, halagando las pasiones más bajas, seguidos de una multitud que los admiraba, cantándose á sí mismos sus propios triunfos, creyendo que era gran cosa el dominar la época de cualquier modo que fuese, y consiguiendo una vida célebre sí, pero que concluía atterramente en el ataúd. Ya hemos visto los ataques dirigidos contra Tasso, y si este respondía con gemidos, otros lo hacían hiriendo. Por este tiempo fueron muy ruidosas las disputas entre el P. Noris y el P. Macedo, entre Moniglia y Magliabechi, entre Viviani y otros muchos, especialmente con Alejandro Marchetti y Borelli; Sergardi y Gravina vinieron á las manos, y las disputas con Tassoni sobre Aristóteles y Petrarca originaron procesos y encarcelamientos; el cardenal Pallavicino fué objeto de desvergonzados insultos; á Jacome Torelli le cortaron los dedos una noche; el filósofo de Módena, Geminiano Montanari, dió y recibió infinitas estocadas, y sostuvo ruidosos litigios con Donato Rossetti sobre los fenómenos capilares; también los tuvo Antonio Oliva, Napolitano, que habiendo sido preso, como individuo de una infame sociedad de blancos, que se formó en Roma en tiempo de Alejandro VIII, fué puesto en el tormento, y por último se tiró por una ventana.

Habiendo confundido Marini, en un soneto sobre los trabajos de Hércules, el león de Nemea con la hidra de Lerna, fué esto causa de una disputa, más encarnizada que si se tratase de un dogma; siendo su enemigo más terrible Gaspar Murtola, Genoves, secretario de Carlos Manuel, y autor del *Mundo creado*. Publicáronse entonces una infinidad de epigramas, de sonetos, de libelos, de murtoleidas y marinoidas, desvergüenzas é infamias. Murtola disparó una escopeta contra su contrario, pero no le dió; y hubiera ido al patíbulo, si no hubiese intercedido Marini; y sin embargo Murtola, á quien pesaba este beneficio, le acusó de haber hablado mal del duque. También Tomas Stigliani de la Basilicata, que había abandonado la buena senda para rivalizar en lo que era aplaudido entonces, hizo gala de extravagantes caprichos en el *Mundo nuevo*, y bajo el

Il fior sospira doori,
Lesbin respira odori;
L'odor dell'uno odoro,
L'ardor dell'altro adoro,
Ed odorando ed adorando, l'ento
Dall'odor, dall'ardor ghiaccio e tormento.

Con la fior de las flores en la mano miro á mi amado Lesbin, aspiro la fior y suspiro por el pastorcillo. La fior suspira olores, Lesbin respira ardores; aspiro el olor de la una y adoro el ardor del otro; y oliendo y adorando, siento hielo y tormento.

En Bolonia se lee aun una inscripción en honor suyo, que principia así: D · O · M · Claudio · Achilino · loci · genio · e · suggesta · que · supra · mortale · spiranti · legum · scientifico · pariter · atque · ad · admirationem · facundo · interpreti · uno · iam · verbo · musageti · omniscio, etc.

símbolo del *hombre marino* insultó al poeta que llevaba la fama; este empleó el veneno de su ira en sonetos titulados *los Melindres* y en cartas y después en el *Adónis*, y aquel, aterrado ante la idea de una inmortalidad de vituperios, se humilló; pero así que murió su rival, censuró agriamente el *Adónis*, en el *Anteajo* (*Occhiale*), donde no hay sin embargo una buena crítica de un autor que tantas merecía; y todo el mundo se indigna contra aquel que se atrevía á tirar piedras al altar (1).

Marini ha quedado para la posteridad como el tipo del gusto del siglo XVII. Y sería curioso investigar la causa de aquella afición tan general en Europa en aquel tiempo á la hinchazón y vanidad en la literatura y en las artes, aun en pueblos sobre que no pesaban las miserias de Italia. Alemania tuvo la escuela de Lohensstein; Inglaterra el enfuismo; España el gongorismo; Francia el estilo de las preciosas. La Italia fué también infestada; pero bastan las fechas para demostrar que, si no siguió á las demás naciones, tampoco fué la primera que entró en el mal camino. Hasta en el correctísimo Petrarca pueden indicarse algunos pasajes alambicados y algunas antítesis, ya de sentido, ya de palabras (2). Los imitadores, que escogen siempre lo peor, se valieron de estos defectos para disculpar los suyos, y los hicieron mayores; y tanto más cuanto que multiplicando versos sobre afectos que no sentían, tenían que suplir con artificios de la inteligencia la frialdad del corazón. Ya se encuentran gérmenes de este defecto aun en los mejores escritores del siglo XVI, y mucho más á medida que nos acercamos al XVII (3). Abunda mucho en ellos

(1) En el prefacio del *Adónis*, donde este Hugo antiguo, á semejanza del moderno, explica su sistema, Marini deja comprender que muchos negaban su incienso al ídolo. Sin embargo, decía: « Entretanto mis libros escritos contra las reglas se venden á 10 escudos, y no todos los encuentran; y los libros regulares están recogiendo el polvo de las librerías. La verdadera regla, querido mío, es saber romper las reglas en tiempo y lugar oportunos, acomodándose á la costumbre y al gusto del siglo. » *Cartas* 1,627, pág. 127.

(2) Del fior queste innanzi tempo tempe,
Morte m'ha morto, e solo può far morte...
Delle catene mie gran parte porto.

Ya hemos citado otros ejemplos suyos, tomo IV, pág. 516.

(3) Jerónimo Britonio (1530) tiene un soneto que pone Crescimbeni en su colección, entre los buenos, que principia así:

Nascon tanti pensier dal mio pensiero
Ch'io, per troppo pensar, non so che penso;
E'n tanti modi i miei pensier dispenso
Che dar di me non so giudizio intero

Nacen tantos pensamientos de mi pensamiento, que no sé lo que pienso por pensar demasiado; y de tantas maneras dispenso mis pensamientos, que no sé emitir de mí mismo un juicio completo.

En la misma colección hay otro de Curcio Gonzaga (1580) que principia:

D'un ghiaccio ardente e d'un gelato foco,
D'un pianto dolce e d'un timor audace,
D'un desir folle, e d'un sperar fallace,
Mi nudrisco e consumo a poco a poco
Amaro amor m'aggira in pene e in gioco, ecc.

Con un ardiente hielo y un fuego helado, con un llanto dulce y un temor audaz, con un loco deseo y una esperanza

Tasso, y Marini especialmente; y todos los escritores, prosistas y poetas no sabiendo oponerse á la literatura española, á lo menos por la ira contra los dominadores, se afanan en seguir á Marini en sus caprichosos delirios, en su empeño de tener originalidad á fuerza de cálculo, y en aquella aglomeración sonora de palabras ociosas, en vez de ideas y sentimientos. Porque de todas las corrupciones, la más seductora es el pensamiento alambicado; y adquirido una vez este gusto, es muy difícil abandonarle, ó persuadirse de que es malo.

Entonces la geografía, la historia, el universo no existen más que para ofrecer el único botín apreciado, las metáforas: la frase y el color deben predominar sobre el fondo, y se busca la argucia por la argucia, el esplendor por el esplendor, considerando solo la grandeza de las imágenes, no su delicadeza; era moda el talento, y los magnatas del estilo y de la metáfora, así como los del mundo, ostentaban oro sobre sus vestidos, y no tenían camisa. Aquellos talentos falsos y amanerados aborrecían la naturalidad, y descuidaban la lengua, tomando la afectación por gracia, la hinchazón por sublimidad, la antítesis por elocuencia, los equívocos por elegancia; ocultan la nulidad del asunto

engañadora, me nutro y consumo poco á poco. Un amargo amor me llena de penas y placeres, etc.

Aretino está lleno de estos defectos; dice en un pasaje tomado al acaso: En mis capítulos que tienen el movimiento del sol, se señalan las líneas de las entrañas, se elevan los músculos de la intención, y se dibujan los perfiles de los afectos intrínsecos.

El correcto Guarini dice:

Colei che ti dà vita
A te l'ha donata altrui,
E tu vivi meschino, e tu non mori?
Mori, Mirtillo, mori...
Mori, morto Mirtillo ecc.

La que te da la vida, te la ha arrebatado, y la ha dado á otro; ¿y vives, miserable? ¿Y no mueres? Muere, Mirtillo, muere... Muere, muerto Mirtillo, etc.
Y en otro sitio:

Cruda Amarilli che col nome ancora
D'amare, ah! lasso! amaramente insegni.

Cruel Amarilis, que con tu mismo nombre enseñas ray de mí: á amar amargamente.
Y en el mismo Ariosto:

Il vento in tanto di sospiri, e l'acqua
Di pianto, facean pioggia di dolore. XXIII, 8
Con l'acqua di pietà l'accesi rabbia
Nel cor si spegne. XXIV, 34
Gettano l'arme in fino al ciel faville,
Anzi lampade accese o mille a mille. Id. 400.
Baciò la carta diece volte e diece;
Le lagrime vietar che su vi sparse
Se con sospiri ardenti ella non s'arse. XXX, 79,
Taglia lo scudo e sin al fondo fende.
Il destrier punto, punta i piè á l'arena, ecc.

Entretanto el viento de los suspiros y el agua del llanto formaban una lluvia de dolor.

El agua de la compasión extingue en su corazón la ardiente rabia que le inflama.

Las armas despiden hasta el cielo chispas, ó más bien mil y mil lámparas encendidas.

Besó el papel diez veces y otras diez, y las lágrimas que derramó sobre él, impidieron que el fuego de los suspiros le abrasase.

Corta el escudo, etc.

bajo una porción de frases ampulosas, y golpean sobre el yunque hasta que se enciende. Vacilantes entre la insípida afectación y la grosera trivialidad, tienen por ingenio el reunir ideas opuestas; y como la vulgaridad se une perfectamente con la hinchazón, no hubo ni una imagen por trivial ó frívola que fuese que no estuviese cargada de metáforas. Las estrellas se convirtieron en « cequias ardientes » de la banca de Dios, y claras antorchas de las « exequias del día; la luna en tortilla de la « sartén celestial; el sol en verdugo que corta « con el hacha de sus rayos el cuello á las « sombras; y el Montviso nevado en el arci- « preste de los montes con cota blanca. « Ciro de Pers llama á los cálculos de la vejiga los mármoles que le nacen en las entrañas para formar su sepultura; Marini á los esputos « espuma de leche, codos de nieve; otro á los piojos de la cabeza de una mujer hermosa « caballeros de plata en campo de oro; otro compara las almas á los caballos, pues al fin de su carrera les espera en el cielo « cebada de eternidad, y una « cuadro de estrellas.

En el púlpito fué donde se hizo peor ostentación de estas repugnantes bellezas, olvidando que la sencillez es condicion principal de la elocuencia, y creyendo que no podía conseguirse esta sino con el puño cerrado y los cabellos erizados. Hasta los títulos de los sermones de aquella época manifiestan aquella lastimosa manía (1). Las proposiciones eran también de lo mas extravagante: un predicador encontraba en San Antonio las metamorfosis de Ovidio; otro los trabajos de Hércules en Santa Domingo. El Milanés José María Fornara probó en seis discursos en el *Nuevo sol de Milan oculto bajo*

(1) La tiranía del amor divino, panegírico de San Felipe Neri, por Atto Gradi. El lirio odoretero, de San Felipe Benicio, por Luis Sesti. La política del cielo en el sol y en las nieves de Cristo transfigurado, por Alfonso Puccinelli. La quinta regia de Maria, virgen, con deliciosa habitación para su encarnado Dios, y real palacio guarnecido de joyas, fabricado sobre el salmo. Fundamentum ejus, por Lorenzo Cardosi. La pintura de Timante, dedicada á San Francisco de Asis por el padre Francisco Serafin. El zodiaco cristiano enriquecido, ó sean los doce signos de la divina predestinación, explicados por otros tantos simbolos, por el padre Jeremias Drexelio. Fr. Fulgencio Arminio Monforte, obispo de Nusco, escribió el *Faetonte arreglado* para San Antonio de Padua, y el *Eclipse producido por la muerte del sol de las grandezas*, oración fúnebre de Felipe IV. Javier Acciarelli, Siciliano, nos dejó *El nuevo número de la fortuna, con la vela de la sagrada carta en favor de los Mesinenses* (Mesina, 1699), y *Las delicias del amor nazareno que resultan de cultivar en la tierra la primavera del paraíso*, discurso sagrado sobre Santa Rosalia. (Palermo, 1700.)

Otros discursos mas graves que los panegíricos padecen los mismos defectos. *Contrapunto cuaresmal, organizado por los Santos Padres, y entonado, como muestra de respeto hácia ellos y en beneficio de las almas, en diversas catedrales*, por fray Gabriel Sarafin Boni de Luca. — *Paseo para mayor elevación de los entendimientos, con continuos rípios de invenciones, encadenamientos, contrastes de escritos escolásticos, políticos, historias, empresas, moralidades, etc.*, con afectos, adagios, proverbios, erudiciones, paradojas, apólogos, juegos, simbolos, similitudes, etc., capaces de servir en casos piadosos. Luca, 1618.

José Bonatede, también de Luca, tiene el *Príncipe republicano ilustrado en el Thabor; El colomino amante de Jesús; A la inmortalidad del amaranto*.

el santo clavo, que aquella reliquia es un sol que nace, que ilumina, que calienta, que seca, que corre, que descansa (1). Lemene en el elogio fúnebre de Felipe IV demostró que este fué *magnum pietate et magnitudine pium*. Santiago Lubiani celebraba el *solsticio de la gloria divina, la cifra de la Divinidad que el augustísimo nombre de Jesús*; y en San Ignacio la *espada inflamada*, presentándole como « Hércules de Vizcaya, que lleva en las llamas de su nombre la armería de los serafines, el séquito de los milagros espantosos en los rayos de la espada, en la cual podría esculpir mas victorias que Roger en la suya, » y se excusa de no poder ensalzar esto lo suficiente, « porque le falta el álgebra de lo innumerable. » En San Francisco Javier el *Arquimedes apostólico*; en San Francisco de Borja un santo *entre los grandes y grande entre los santos*; en San Luis *la via láctea, la nieve mística; los reverberos luminosos de la sombra*.

Fray José Pablo de Como principiaba su cuaresmal de este modo: « Hoy toca el tambor la « penitencia, para reunir un ejército numeroso » contra los vicios, legionarios de Satanás. » El padre Manuel Orchi, también de Como, llamado *inteligencia mas bien angélica que humana*, en el prefacio de sus últimas pláticas de cuaresma, que *serán la admiración del mundo entero*, gran maestro en el arte de reunir las cosas mas discordantes, principia pintando al pavon que, despues de haber desplegado el brillo de su pintada cola, se mira á los piés y se confunde al ver su deformidad; pasa despues á la manzana, en la cual ve exactamente la figura del cielo y del mundo; despues al juego del balón, á las yerbas de la pradera, al saber de Tolomeo, de Tycho y de Fracastoro, á Bucéfalo, en el cual se figura ver el púlpito, tan difícil como este para subir; y por último, deja un *bocado saludable* para que le mastiquen los oyentes. Una vez sigue un proceso con todas sus formas á un rico; del juicio universal saca una tragedia regular con actos, coros y entre-actos; en Pascuas erige un arco triunfal con ocho columnas, cuatro nichos, dos óvalos, un gran hueco sobre la cornisa, entre la cual y el arco hay un *campo en cuadro, pero no cuadrado*: y fabricando y explicando de este modo concluye el sermón.

Su mezquina grandeza está sostenida solo por trozos de erudición profana, citas, epigramas, series de proverbios, divinidades paganas y astrología: en sus pláticas se encuentra *el artificio tiriliri* de un pájaro; gusanos de « seda » que comen y duermen con soporoso sabor y « sabroso sopor; la Magdalena con la frente » alta, cara atrevida y arrogante presencia; « pero al oír á Jesucristo se despierta en el » mediodía de su corazón el austro lluvioso de

(1) También en San Francisco de Sales hay un capítulo titulado: *De cómo el Monte Calvario es la verdadera academia del amor*.

una tierna compunción, y elevando los vapores de sus confusos pensamientos, forma en el cielo de su mente nubes de dolor. » No se respeta á sí mismo, ni á los oyentes, ni á Dios (1); siempre tiene imágenes ó pinturas; ya compara al hombre con el órgano, y al pecador con la lavandera « que con el codo desnudo, la ropa atada bajo la cintura, toma el lienzo sucio, se pone de rodillas cerca de una corriente de agua, se inclina sobre una piedra pendiente, mete el lienzo en el agua, le frota con los puños, le golpea con la palma de la mano, le lava, le arrolla, le vuelve, le sacude, le estruja y le tuerce; despues poniéndole dentro de una vasija, y al calor del fuego en una caldera que contiene una enérgica lejía hecha con agua y ceniza, y cociendo lo cuela por encima. Despues le oprime de nuevo, redobla la fuerza de sus brazos y la de sus manos, gastando no ménos sudor que jabon; y por último, pasando al agua clara, en cuatro frotamientos, tres sacudidas, dos lavaduras y una torcedura, saca el lienzo mas blanco y delicado que era. »

Poco faltaba para que á estas palabras no prorumpiesen en aplausos los numerosos oyentes; al separarse de estos les habla de su amor que en pocos dias se ha hecho gigante; porque su atención ha sido su nodriza, le ha fajado y le ha mecido, y despues de destetado con el aloe de su amarga partida, se alimentará con el sólido manjar de un afecto macizo: el deseo de volver á ellos es una preñez madura, de modo que estará con los dolores del parto hasta que la gracia del Cielo le sirva de Lucina para dar á luz un nuevo hijo cuaresmal.

No todos los contemporáneos de Segneri deliraban de este modo (2); pero indudablemente

(1) ¡Oh, ahora sí, exclama Dios, que me haces quedar derrotado! — Pero, Señor, ¿qué diablos estáis haciendo? — ¡Oh, señor! habéis aprendido á portaros así á vuestra costa: ¡cuántas veces se han burlado de vos!

(2) Ni esto sucedía solo en Italia. En Alemania es muy nombrado Ulrich Mejerle, conocido por el nombre de Abraham de Santa Clara (1642-1709), del cual dicen que tomó Schiller el discurso que, en el *Campo de Wallenstein*, pone en boca de un capuchino, que entrando en las tiendas de los Católicos, durante la guerra de los Treinta Años, mientras bailaban y se entregaban á la alegría, exclama: « ¡Oh, oh! tra-le-ra-la: ¡Bravo! ¡Muy bien! va de dos; pero al momento yo también voy á hacer lo mismo. ¡Oh vergüenza! ¿Es esto un ejército de Cristianos? ¿ó somos Turcos ó anabaptistas? ¿Así os reis del domingo? ¿Creéis que el Señor tiene las manos entumecidas y no sabrá castigaros? ¿Os parece que es este el tiempo de comer, de beber y de bailar? *Quid hic stalis otiosi?* ¿qué hacéis ahí rascándoos la panza? La guerra está haciendo de las suyas, y el ejército no piensa mas que en llenar el bandullo, busca las botellas y no las batallas, las bolas y no las balas, y en lugar de correr tras las banderas, corre tras las vivanderas. Este es un tiempo de gran desolación; en el cielo aparecen tristes señales; el Señor ha desplegado sobre las nubes el sangriento manto de la guerra, y tiene en la mano un cometa como una hacha amenazadora; el arca de la Iglesia flota en la sangre. Dios protege al imperio romano que por dias se va arruinando. El Danubio se convierte en un río de males; los monasterios no están ya completos; los conventos están abiertos á todos vientos; los iglesias se han convertido en encierros, y de los bienes del clero no nos ha quedado sino cero. Y todo esto: ¿de dónde proviene? Yo os lo diré. La causa de tales males son vuestros vicios y vuestros pecados, la abominación, la idolatría de los soldados y oficiales, porque el pecado es un iman que atrae el hierro de la guerra sobre un país; á

la mayor parte tienen mas en cuenta las hojas que el fruto (1). Contribuían á formar estos predicadores las escuelas y las academias adonde se proponían argumentos inútiles, especiosos, paradójicos, y muy comunmente insulsos: si pueden ocultarse el vicio y la virtud; si es mejor para una vieja el haber sido hermosa ó fea en su juventud; y oraciones sobre asuntos ficticios, embajadas fingidas, acusaciones y defensas de delitos imaginarios, y por lo mismo extravagantes, y sostener el pró y el contra, y atacar siempre por los lados para dar muestras de ingenio.

Estos defectos debían manchar aquellas colecciones ridículas hasta en el título: *Los arroyuelos del Parnaso, Los evita-ocios, Los eclipses de la luna otomana*: el Milanés Carlos Pietra Santa escribió los *Abortos de Olio*; el Veneciano Marcos Boschini *El mapa de la navegacion pintoresca.... dividida en ocho vientos, los cuales conducen la nave veneciana al alto mar de la pintura, como dominadora absoluta, para confusión de los que no entienden la brújula del iman*. Angélico Aprosio de Sena publicó un diccionario de seudónimos con este título: *La visera alzada, hecatoste de escritores, que deseosos de andar enmascarados fuera del carnaval, han sido descubiertos por*, etc. Los mismos hombres de ciencia no están libres de esta manía de la época. Torricelli dice que « la fuerza de percusión lleva en la escena de lo maravilloso la corona de príncipe: » y que « el famoso Galileo trabajaba en esta joya para enriquecer el collar de la filosofía toscana, etc. » Montanari tituló á un tratado contra la astrología *La caza de la linterna*, á otro sobre el rayo *Las fuerzas de Eolo*, y á otro sobre las monedas *La moneda en consejo de Estado*. Manuel Te-sauro, el Marini de la prosa, escribió en este estilo un no breve tratado de filosofía. El padre Lana compuso *La hermosura sin velo, donde se descubren las bellezas del alma*, y cada ca-

la mala vida sigue siempre la mala fortuna, y el que corta la cebolla esté seguro de que llorará; una cosa sigue á otra como la b sigue á la a. *Ubi erit victoria spes si offenditur Deus?* ¿cómo esperar la victoria, si se abandona la sacerstia para vivir en la hostería? La mujer del Evangelio halla el dinero perdido: Saul encuentra las burras de su padre: José encuentra á sus hermanos; pero el que busque entre los soldados la buena conducta, el temor de Dios, la honestidad, será lo mismo que si buscara á María en Ravena que no la encontrará aunque encienda cien fanales... ¿No es uno de los mandamientos el no usar el nombre de Dios en vano? ¿Y dónde se oye jurar mas que en el campo de Friedland? Si á cada cuerpo y sangre que sale de los labios se tocasen las campanas del país, pronto dejaría de haber campaneros, etc. »

(1) En el *Diario romano* de un rígido católico del año 1610 al 1630 se lee: « Con la cuaresma concluye la comedia en las casas y en las salas, y principia en las iglesias y en los púlpitos: la santa misión del sermón sirve solo para satisfacer la sed de celebridad ó la adulación. Se enseña una metafísica de la cual el orador entiende muy poco y el público nada; en vez de instruir y corregir se pronuncian panegíricos con el único objeto de pasar el tiempo. La elección del predicador no depende del mérito sino del favor. » En el *Diario napolitano* de Zazzera tan citado, leemos (diciembre, 1616). « Su excelencia fué en carroza con su mujer á San Lorenzo, donde se cantó la misa con música, y predicó el padre Aquilano sus acostumbradas chanzas. »

pítulo presenta una metáfora: *La reina al balcon*, es decir, el alma que hace ver por los ojos sus bellezas; *Las bebidas amorosas dadas á beber á la esposa por su criado para hacerla adúltera*, esto es, los deleites del cuerpo que alejan al alma de Dios; y así sucesivamente (1). Las disertaciones académicas y las tesis estaban mas llenas aun de metáforas (2).

La charlatanería, pues, acompañaba, como es costumbre, los funerales de la literatura y de la nación. No se puede decir que la moda cegase á los escritores de modo que no conociesen su delirio, porque el jesuita Giuglaris, que en sus sermones ocupa el primer lugar por sus muchos desatinos, escribió en lenguaje llano y ordenado *La escuela de la verdad abierta á los príncipes*. Los que ponían poco arte en su estilo escribían en mejor lenguaje, pudiendo decirse de ellos lo que se ha dicho en moral, que es preciso hacer un esfuerzo para ser malo. Galileo escribió con claridad, elegancia y energía, emancipándose de los áridos métodos de enseñanza, y atribuía su claridad á la lectura continua de Ariosto; las observaciones de la Academia del Cimento están expuestas con limpidez y seguridad, asociando la elegancia á la filosofía. Entre los académicos sobresalía Carlos Dati, á quien daban á leer sus obras ántes de imprimirlas todos los hombres científicos, y que fué llamado por Cristina y Luis XIV. En Florencia pueden encontrarse una porción de escritores, ajenos á estas ambiciosas miserias.

Gramáticos.

Los académicos de la Crusca continuaban sus útiles trabajos, dedicándose unos á estudiar los clásicos, y otros á elogiar ó censurar las obras nuevas. Benedicto Buonmattei publicó la primera gramática toscana en 1643. Celso Cittadini (1627), hombre doctísimo, trató de los orígenes de la lengua toscana. El jesuita Mambelli (1644), bajo el nombre de Cinonio, reunió las *Observaciones sobre la lengua italiana*. Daniel Bartoli, para defenderse de críticas, verdaderas ó supuestas, escribió la *Ortografía italiana* y el *Derecho y la injusticia del no se puede*, en que trata de probar con exageración que no hay regla en gramática sin excepción, con la cual va á parar al escepticismo, pues no trata de averiguar si son incorrecciones de las obras, ó si es preciso deducir la regla de un principio mas general. Benedicto Fioretti de Pistoya (1642), que se llamó Udeno Nisieli, nombre compuesto de tres lenguas (*Ουδενος nisi Eli*), y que significa no ser de nadie mas que de Dios, hizo oposición á la Crusca y á la prolijidad usada por los escritores; y en los *Progimnasmos* empleó un estilo

(1) Hasta el célebre Lancisi en 1720 publicaba en Roma. *De natura et praesagio Dioscurorum nautis in tempestate occurrentium*; cuyos Discursos son las parótidas críticas que aparecen en las fiebres malignas.

(2) En la universidad de Turin, Juan Andres Negro, candidato en leyes, sostuvo por espacio de quince dias novecientas noventa y nueve tesis dialécticas, físicas, mágicas, médicas, filosóficas, teológicas, morales, de derecho civil y canónico y de matemáticas. Pio Appiani en nueve dias defendió cuatrocientas proposiciones legales.

bastante filosófico. Algun tiempo despues el Boloñes Salvador Corticelli (1758) publicó una *Gramática y cien discursos sobre la elocuencia toscana*, deduciendo las reglas del uso, pero adoptando solo el uso de los clásicos, y casi puede decirse solo el de los escritores del siglo XIV; tambien publicó una edicion de Boccaccio, expurgada de sus peligrosas obscenidades. En aquella época se multiplicaban las ediciones y comentarios de Boccaccio, y Leonardo Salviati (1589), director de la Academia florentina, buen escritor, aunque desacreditado por la innoble persecucion que dirigió contra Tasso, en sus *Advertencias sobre el Decameron*, presentó sábias reglas para escribir correctamente.

Alejandro Tassoni comentaba al Petrarca sin ceguedad: las *Observaciones sobre el estilo* de Esforchia Pallavicino son algunas veces muy sutiles, y en lo general muy convenientes: Jacobo Mazzoni de Cesena en la *Defensa de Dante* se eleva á generalidades de estética muy notables. Jerónimo Gigli de Sena (1722), festivo en las conversaciones y en las comedias, en su *Pirlone* adaptó el asunto del *Tartufe* á la sociedad italiana tan vivamente que excitó quejas oficiales. Publicó en Roma las obras de Santa Catalina con un diccionario de las frases que usaba la Santa, valiéndose de esto para atacar á la Crusca y aun á todos los Florentinos, sin perdonar á los príncipes. Estos dieron al asunto gran importancia: fué quemado el libro; se anotó en el índice prohibitivo en Roma, y Gigli se retractó. Miguel Ángel Buonarroti el jóven (1646) admiró á Petrarca, pero sin evitar por esto el mal gusto de su tiempo, y comentando el soneto *Amor che nel pensier mio vive e regna*, dice: « No consideraréis vergonzoso, amables académicos, que tenga grandes deseos de hablar de un asunto tan elevado, ni me acusaréis de locura ni de una excesiva temeridad, porque obedeciendo al que me lo ha mandado, el cual puede hacerlo con justicia, me he embarcado para tan extenso viaje en un peligroso mar, entre la ola de una alabanza insegura, á la merced de los vientos de la ignorancia y de la crítica que puede sumergirme, surcando las aguas débilmente con la navicilla de mi pobre ingenio. » Así se cree obligado á hablar este escritor cuando se dirige á los doctos; pero cuando empleaba el lenguaje del pueblo, se volvía hácia la naturaleza, y no se encuentra una mancha que dé idea de aquella peste en sus comedias de la *Tancia* y de la *Fiera* (1), escritas con el objeto de emplear una porción de voces populares, que no se hallaban en los libros, y de las cuales queria tener la Crusca ejemplos para su vocabulario.

Tambien los extranjeros hablaron de la lengua italiana, como Menage, que ayudado por Redi y Dati buscó las etimologías de la lengua,

(1) Tiene veinticinco actos, y se representó en cinco dias en 1611.

suponiendo algunas extravagantes, y exponiéndolas todas sin sistema alguno: el abate Regnier Desmaretz tradujo al italiano á *Anacreonte* y mereció ser nombrado académico de la Crusca. Tambien existen versos italianos de Milton y de Voiture.

No se pecaba, pues, siguiendo los defectos del siglo, por ignorancia ó por descuido: por el contrario, casi me atrevo á decir que entonces por primera vez se estudió el artificio del estilo italiano, y las modulaciones del período; se calculó la cadencia, y se trató de decirlo todo del mejor modo posible. Algunos de los escritores precedentes quisieron imitar á los Latinos dando á las palabras giros forzados, y otros escribían con naturalidad, sin el mas mínimo artificio; Maquiavelo no se cuida de las palabras, el estilo de Varchi es cortado, vicioso el de Bembo y fatigoso el de Guicciardini; los demas escritores del siglo XVI tienen periodos confusos, miembros cortados, expresiones incompletas, imágenes vacilantes. Apenas puede exceptuarse al majestuoso Della Casa, al límpido Anibal Caro, y al amable Firenzuola, el cual declara que « ha usado siempre las palabras y los giros que se usan todos los dias, dando moneda corriente, y no ochavos gastados (1). » En el siglo XVII llegó á ser una ciencia el período, y ya que no á mas, citaremos solo á Bartoli y á Pallavicino, artífices supremos del estilo.

Bartoli. 1608-85.

El primero, despues de haber predicado en muchos países, fué llamado á Roma para escribir la historia de la Compañía de Jesus; y en vez de la forma de anales que hasta entonces tenia, la dividió segun las provincias de la India, del Japon, de China, de Inglaterra, de Italia. En sus obras no se encuentran crítica, pensamientos, ni afectos, y nos guardaremos muy bien de colocarle entre los historiadores; solo es de admirar en él la exposicion; pero esta es toda « oro machacado y perlas trituradas: » todo lo dice por medio de frases, y abunda en descripciones, algunas de las cuales son verdaderamente admirables, pero sin sentimiento ni espontaneidad. El todo deslumbra, pero cansa aquel estilo peculiar suyo, aquella superabundancia de modos, sutilezas y conceptos, cuyo número fatiga, y cuya novedad es superficial. Hace poco fué sacado del olvido y se multiplicaron las ediciones y los extractos de sus obras; pero el sufragio de sus admiradores no ha bastado para mantenerlo con crédito en un siglo en que por los buenos escritores á lo ménos se estima mas la fuerza que la gracia, y que quiere que no se diga en dos versos lo que pueda decirse en uno. Las historias de este autor superan con mucho á sus obras morales (2), llenas de alambicadas expresiones, y escritas en tono escolástico y de-

(1) *Diálogo sobre la belleza.*(2) *Le Riconoscimento del sario, l'Uom di lettere, y Simboli trasportati al morale, la Porreta contenta, l'Eternità consugliera.*

clamatorio; y sus escritos científicos sobre el hielo y la presión, el sonido y la audición son tesis todas peripatéticas, indignas de publicarse despues de Galileo.

Ya hemos juzgado la *Historia del concilio de Trento* de Pallavicino, que prescindiendo de su enojosa polémica, puede servir de modelo de escritos á los que se contentan con la medianía de un estilo florido. Despues de la primera edicion hizo una nueva, corregida en cuanto al lenguaje, á fin de que pudiese ser citada por la Crusca, « honor que estimaba tanto como el capelo. » Escribió asimismo un *Tratado del bien* en forma de diálogo, y otro sobre la *Perfeccion cristiana*, de ingenua elocucion; refutó en latin las diatribas de Julio Scotti contra los Jesuitas en la *Monarchia Solipsorum*; principió la vida de Alejandro VII, obra que interrumpió al ver que este se precipitaba en el desapurado nepotismo; y cuando recibió la púrpura, conservó su religiosa sobriedad.

Pallavicino. 1607-67.

No tiene la superabundancia de los escritores anteriores Pablo Segneri de Neptuno, jesuita tambien, cuyo estilo (y casi pudiéramos decir lo mismo de los pensamientos) es siempre flúido y tan distante de los predicadores del siglo XVI como de la hinchazon de sus contemporáneos; y aunque se muestra sobrio de palabras, quita la esperanza de hacerlo mejor que él. Segneri descubre en sus obras grande ingenio, doctrina y arte; tiene gran delicadeza para sentir el número oratorio; es rico de afectos, siempre propio, y á las veces sencillo y conciso. En algunas ocasiones se deja llevar de los vicios de escuela y de los hábitos retóricos; echa mano del énfasis para sostener la viveza del discurso, abusa de las figuras retóricas, las suspensiones, retractaciones, exclamaciones, conceptos y formas dialécticas. Tiene ademas mucho por qué ser tachado en cuanto al fondo, por sus continuas citas, por el tormento que da á los textos para apropiarlos á sus alusiones, por su hábito de falsear la historia para sacar de ella ejemplos, y por sus proposiciones muchas veces falsas, pueriles ó defectuosas. Al hablar así me refiero solo á su *Cuaresma*, pues en los panegíricos la presunta obligacion de ser florido le sumerge completamente en el mal gusto; al mismo tiempo que en algunas obras de edificacion doméstica, como en el *Cristiano instruido* y en el *Maná del alma*, es modelo de exposicion clara. Para las misiones fueron adoptados sus métodos, y sus laudes fáciles de cantar y de comprender.

Segneri. 1624-94.

Muchos trataron de la moral, pero nada escribieron de nuevo ni que merezca alabanza. Ponderan algunos los *Diálogos* de Tasso, pero ¿quién los lee? ¿Y quién conoce mas que por el nombre la *Nobleza de las mujeres* de Domenichi, la *Educacion de las mujeres* de Dolce, la *Filosofía moral* de Antonio Bruciati, los *Avisos morales* de Muzio, la *Ginipedia* de Vicente Nolfi y otras obras por el estilo? El amor y el honor son los argumentos comunes de estos